

## CAPITULO XV.

### ESPAÑA EN EL SIGLO XVII.

#### I.

#### OJEADA CRITICA SOBRE EL REINADO DE FELIPE III.

Los reinados de Carlos I. y Felipe II. habian absorbido casi todo el siglo XVI. Los de los tres últimos soberanos de la casa de Austria llenaron todo el siglo XVII. Una dominacion de cerca de dos siglos no puede ser un paréntesis de la historia de España, como la llamó, con mas ingenio que propiedad, un célebre orador de nuestros dias que ya no existe.

El primer período fué el de la mayor grandeza material que la España alcanzó jamás; el segundo fué el de su mayor decadencia. Aquel sol que en los tiempos del primer Carlos y del segundo Felipe nacia y no se ocultaba nunca en los dominios españoles, pareció como arrepentido de la desigualdad con que habia derramado su luz por las naciones del globo, y nos fué retirando sus resplandores hasta amenazar

dejarnos sumidos en oscuras sombras, como si todo se necesitara para la compensacion de lo mucho que en otro tiempo nos habia privilegiado.

«No conocemos, dijimos ya en otra parte, una raza de príncipes en que se diferenciáran mas los hijos de los padres que la dinastía austriaco-española.» Ya lo hemos visto. De Carlos I. á Carlos II. se ha pasado de la robustez más vigorosa á la mayor flaqueza y estenuacion, como si hubieran trascurrido muchos siglos y muchas generaciones; y sin embargo el que estuvo á punto de hacer desaparecer la monarquía española no era mas que el tercer nieto del que hizo á España señora de medio mundo. Mas no fué la culpa solamente del segundo Carlos. Su abuelo y su padre le habian dejado la herencia harto menguada. Pasemos una rápida revista á cada uno de estos tres últimos infelices reinados.

Algo mejor que sus propios maestros habia conocido Felipe II. lo que de su hijo podia prometerse el reino. Por mas que sus preceptores le hubiesen dicho: «Tiene, señor, todas las partes de príncipe cristiano; es muy religioso, devoto y honesto: vicio ninguno no se sabe:» Felipe II. dijo á su vez suspirando poco antes de morir: «Dios, que me ha concedido tantos estados, me niega un hijo capaz de gobernarlos.» No faltó alguna razon á Virgilio Malvezzi para decir de Felipe III., «que hubiera podido contarse entre los mejores hombres á no haber sido rey.» Pero las naciones, hemos dicho

nosotros, *necesitan reyes que sepan ser algo mas que santos varones.*

La piedad y la devocion religiosa, sin otras virtudes sociales, pueden salvar un hombre y perder un estado. Por ser Felipe III. el Piadoso no dejó de ser Felipe III. el Funesto. Semejante á aquel célebre astrónomo que por mirar al cielo tropezaba y caia en la tierra, Felipe III. por encomendarse á Dios olvidaba los hombres que Dios le habia encomendado. Mientras él oraba sus validos se enriquecian. Asistia á los novenarios, pero no concurría á los consejos. Pesábale el cetro en la mano y se le encomendó á un favorito, pero no le pesaba el blandon que en aquella misma mano llevaba en las procesiones. Poblaba conventos y despoblaba lugares. Enriqueció á España trayendo á ella los cuerpos ó reliquias de mas de doscientos santos, pero la empobreció echando del reino cerca de un millon de agricultores. No sabia cómo podia acostarse tranquilo el que hubiera cometido un pecado mortal, pero no reparaba que su indolencia y mal gobierno ponía á muchos hombres en la necesidad de darse al robo para comer, y á muchas mugeres en la de vender su honestidad para vivir. Piadosísimo era el pensamiento de hacer un viage á pié á Roma, con tal que se declarára dogma de fé que la Madre de Dios habia sido concebida sin pecado, pero de mas provecho para la conservacion de los dominios heredados habria sido la resolucion de ir, en bagel, ó en

carroza, á salvar sus ejércitos en Irlanda ó en las Dunas. Uncion religiosa manifestaba en verdad cuando encontraba á sus hijos con el rosario en la mano y les decia: «*Esas son, hijos míos, las espadas con que habeis de defender el reino.*» Pero no eran las espadas de aquel temple las que su abuelo y su padre habian empleado para acrecentar la monarquía que estaba en obligacion de conservar.

Sin embargo, esta religiosa piedad, estas virtudes cristianas, que hacian de Felipe III. un buen hombre, no el rey que necesitaba la nacion, habrian influido mucho mas de lo que influyeron en el mejoramiento de las costumbres públicas, á no haber sido aquella estraña mezcla de misticismo y de disipacion, de prácticas devotas y de aficiones y distracciones profanas en que pasó este monarca su vida, alternando entre los rosarios y los torneos, entre las procesiones y las mascaradas, entre misas y saraos, orando de dia en la capilla, bailando de noche en los salones de palacio, comulgando por la mañana, asistiendo á la corrida de toros por la tarde, empleando la mitad de un mes en novenarios y setenarios, la otra mitad en partidas de caza, saliendo de los templos de Madrid para ir á solazarse en los montes de la Ventosilla, en los bosques del Escorial, ó en los sotos de Lerma, pasando de escuchar el grave acento del orador sagrado á recrear el oido con la bulliciosa vocinglería de los ojeadores y de los sabuesos, no permitiendo que á

Lerma, ni al Escorial, ni á la Ventosilla, ni á sus contornos se acercára nadie á interrumpir sus solaces, ni á importarle con pretensiones, ni á molestarle con negocios de estado, ni á fatigarle con asuntos de gobierno.

Así el devoto y distraído rey oraba y se divertía, pero no gobernaba. El duque de Lerma su válido era el que gobernaba el reino solo, y le perdían entre él y el soberano: mientras el rey pescaba en el estanque de la Granjilla, ó en las corrientes del Arlanza, el de Lerma acumulaba para sí en la secretaría del despacho títulos, encomiendas, rentas y mercedes: en tanto que Felipe perseguía venados y perdices por valles y por montes, el válido compraba casas, palacios y cotos: el soberano distribuía la caza del día entre los guardas y los labriegos de los Reales sitios, el privado repartía los empleos y oficios del Estado entre sus amigos y deudos; el rey empobrecía el reino sin advertirlo por no gobernarle, el favorito gobernando le arruinaba á sabiendas por hacer opulenta su casa y familia.

Felipe III. que á los trece días de haber subido al trono se lamentaba á las córtes de la estrechez en que su padre le había dejado la hacienda, casi del todo acabada, en medio de sus distracciones no volvió á advertir que la hacienda iba de mal en peor, hasta que se encontró como Enrique III. de Castilla con que no tenía para pagar los gages á sus criados. Habíase

disipado locamente en los espléndidos gastos de las bodas reales, en los bautizos de los príncipes, en recibimientos de embajadores, en torneos y justas, en comedias y monterías, en mercedes y pensiones, en erección y dotación de conventos.

Hasta qué punto llegara la multiplicación de los conventos y de las comunidades religiosas de ambos sexos, fundadas y dotadas por el tercer Felipe, manía en que á ejemplo del monarca dieron también entonces los grandes del reino, muéstranlo las continuas reclamaciones de las córtes y del consejo de Castilla, pidiendo que se pusiera límite y coto y aun prohibición absoluta á la fundación de nuevos institutos monásticos, por perjudiciales á la población y á la moral, por recaer las cargas de los tributos con peso desigual sobre los demás vasallos, y por haberse hecho el centro y asilo de la holganza, donde se refugiaban sin vocación y acudían sin llamamiento de Dios los que buscaban la seguridad del sustento sin la fatiga del trabajo. Tales medidas proponían y de tales frases usaban los más respetables cuerpos del reino, asustados de ver el suelo español valdío é inculto, y sembrado de monasterios.

Cuando se aperecía de la penuria, acudía á las córtes, y como se recelára que las ciudades repugnáran otorgar el servicio, anduvo el rey de ciudad en ciudad mendigando votos y recursos. Consumidos estos, el rey devoto no tuvo escrúpulo en mandar in-

ventariar y pesar toda la plata y oro de las iglesias y monasterios para atender con su valor á las necesidades públicas. El clero tronó contra esta medida del religiosísimo monarca. En vano otorgó el pontífice Clemente VIII. un breve autorizando la venta. El clero español dejó venir el breve del Santo Padre, y continuó resistiendo al rey católico; Felipe cedió ante aquella oposición y revocó el edicto. El que había fundado, dotado y enriquecido tantas iglesias y conventos, fué calificado de usurpador cuando los llamó para que le ayudáran á sacar de apuros al Estado.

Privado de aquel recurso, apeló á los donativos voluntarios, y los mayordomos y gentiles-hombres del rey de España y de las Indias andaban de casa en casa, acompañados de un párroco y de un religioso, recogiendo la limosna que cada uno quería dar. Agotado el producto del donativo, se recurrió á doblar el valor de la moneda de cobre. Absurda y ruinósísima medida, que llevó al extranjero toda la plata de ley de España, que trajo á Castilla todo el cobre de que los monederos falsos de otros países quisieron inundarla, que hizo esconder las mercancías, interrumpió el trabajo en el seno de la paz, mató el tráfico, cuadruplicó el precio de los consumos, y arrancó risas de alegría sarcástica á las naciones enemigas del nombre español. Mas ¿cuál sería la estrechez que acosaba al reino, cuando un monarca tan cristiano, tan católico y tan piadoso como el tercer Felipe, accedió á ne-

gociar un breve pontificio para absolver de los delitos contra la fé á los judíos portugueses á precio de un millon ochocientos mil ducados (1)

¿Qué había de suceder? Además de los gastos y de las dilapidaciones apuntadas antes, los grandes, y

(1) Un historiador contemporáneo da los siguientes pormenores acerca de la situación de cada una de las rentas reales en este tiempo, sacados de unas Memorias sobre las rentas y gastos de España en 1610, existentes en el Archivo de la secretaría de Estado.

Estaban, dice, empeñados los productos de las salinas de Castilla, arrendados en 312,000 ducados anuales.—El diezmo de mar, que se arrendaba en 306,000.—El impuesto sobre las sedas, que se percibía en el reino de Granada, y redituaba 120,000.—Estaba hipotecada la renta de los puertos secos de las fronteras de Castilla, Aragón, Valencia y Navarra, que importaba 15,000.—Empeñados 140,000 ducados, de los 216,000 que producía el derecho de exportación de lanas.—Hipotecadas en 150,000 las rentas de los puertos secos de la frontera de Castilla y Portugal.—Empeñados los productos del estanco del azogue, de los naipes, del almojarifazgo mayor de Castilla, del de Indias, del monopolio de la pimienta, de la acuñación de plata, de los maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara.—Estaban libres las rentas de los azúcares, y las de las minas de Almadén.—Empeñadas á banqueros genoveses hasta 1612 las del montazgo de los ganados trashumantes, las de cruzada, subsidio y escusado, que

juntas producían 1.640,000 ducados.—Estaban libres, las de la moneda forera, que ascendían á 24,000 y las procedentes de multas y ventas de edificios, que se calculaban en 400,000; pero empeñado á genoveses hasta 1612 el quinto de las minas del Potosí, Perú y Nueva España, y el servicio ordinario que se cobraba en las Indias á todos los que no eran cristianos viejos ni nobles.—Estaban libres las rentas de Navarra, que producían 100,000 ducados, pero empeñadas las de Aragón, Valencia y Cataluña que ascendían á 200,000; y lo mismo las de Nápoles y Milan, y lo poco que sobraba de las de Sicilia.—Las de Flandes se consumían allá, y no bastaba.—Estaban igualmente empeñadas la alcabala y tercias reales, que ascendían á 3.100,000 ducados, y solo quedaba libre el impuesto llamado de millones.

Resultaba pues, que siendo la suma total de las rentas de monarquía 15.648,000 ducados, había empeñados en 1610 los 8.308,000, y que con lo que se debía á los genoveses quedaban reducidas las rentas de la corona á 3.330,000 ducados para el mantenimiento de los ejércitos de mar y tierra, y gasto ordinario de la casa, y para el pago de las deudas que dejaron Carlos V. y Felipe II.—La hacienda de Portugal no se hallaba en mejor estado que la de Castilla.